

Todas las flores de Café Tacvba*

EDNA B. CRUZ MIRANDA

El domingo cinco de junio, la Ciudad de México despertaba con un buen sabor de boca después del concierto masivo que Café Tacvba ofreció a sus seguidores una noche antes en la Plaza de la Constitución del Zócalo Capitalino, del cual el Gobierno del Distrito Federal presumía un saldo blanco, con algunos heridos. No fue el caso de la familia de Carla, quien no tuvo tiempo para conciliar el sueño debido a los trámites que requería el traslado del cuerpo de su hija.

El mismo domingo, Blanca recibía a las diez de la mañana una llamada que le daría un giro a su vida. Era Josefina, con malas noticias. Al colgar el auricular, el shock fue tremendo y Blanca simplemente alcanzó a decir entre sollozos que anunciaban un llanto extremo que Carla, amiga suya desde la secundaria, había sido atropellada y muerta una noche antes.

Después de desahogarse con su madre, Blanca empezó a convocar a los amigos a reunirse en su casa, para partir al funeral por la tarde. En punto de la una de la tarde empezaron a llegar. En realidad parecían tranquilos, charlaban acerca de las reuniones navideñas anuales, en las cuales la cocinera que trabajaba en casa de Carla, hacía los exquisitos guisados que degustaban en la cena, los cuales Carla terminaría achacándose tras las miradas de complicidad del que fuera su novio desde cuatro años antes, Manuel.

Extrañamente la navidad anterior no pudieron reunirse, por motivo de los respectivos estudios universitarios, los cuales les hacían cada vez más difícil frecuentarse.

Josefina, ya presente, mencionó que veía en Ciudad Universitaria a Carla constantemente, y que habían postergado mucho encontrarse para beber café. El silencio invadió el comedor en que los amigos estaban reunidos.

Alrededor de las tres de la tarde fue inevitable postergar la visita a la funeraria, la cual en principio sería “Funerales Ramírez”, ubicado a un costado del metro Ermita. Los amigos y la madre de Blanca se dirigieron al interior de la misma para encontrarse con los padres de Carla en la peor de las crisis. La madre lloraba con la misma violencia con la cual había perdido a su primogénita en cuestión de horas. El padre recibía los abrazos con una sola palabra hacia los jóvenes que se los propinaban. “Cúdense”. Blanca se derrumbó.

El cuerpo no había llegado a la funeraria, en la cual los amigos, vecinos tíos, parientes empezaban a congregarse bajo un techo de lámina que acrecentaba el calor de la tarde. Con los rostros sudorosos, algunos pretendían esbozar sonrisas, y otros aguardaban silenciosamente. Los compañeros de la Facultad de Ciencias Políticas empezaron a llegar. Los estudiantes de la UNAM llevaban una corona “Siempre te recordaremos: Tus amigos”. Las lágrimas de las chicas corrían en contra de su voluntad.

Repentinamente una tía de Carla llegó al círculo donde se hallaba Blanca con la noticia de que el funeral cambiaría de sede. “Xochimilco”, dijo, “en el centro de Xochimilco. Funerales Torres.”

De esa manera empezó la procesión hacia allá. En el automóvil en el que viajaba Blanca reinaba el silencio, interrumpido a ratos por pláticas triviales, hasta que después de un buen rato, la Funeraria fue localizada.

Los mismos rostros antes observados aparecían nuevamente en Xochimilco, provenientes de las calles aledañas, en donde se había levantado un tianguis en que la gente paseaba divirtiéndose con sus familias, sin percatarse de la pérdida de los padres de Carla.

Ramos de rosas, coronas y arreglos hermosos, todos en blanco, comenzaron a arribar a la habitación del mismo color, con decorados dorados. Silencio y murmullos los acompañaban.

Una fuerte impresión causó a Blanca el ver entrar el ataúd con el cuerpo inerte de Carla en la habitación. En su rostro se esbozaba ahora una lágrima y al parecer todos los presentes sufrían de lo mismo. Las rodillas flaqueaban, los pensamientos divagaban, el calor empezó a subir nuevamente.

Hasta entonces, Blanca sólo sabía que Carla había sido atropellada en compañía de Manuel y que él se encontraba aun en el hospital después de una cirugía que le habían practicado. No había más datos.

Al rosario se le unieron las voces enérgicamente, en busca del descanso de Carla, como si ella no pudiera escuchar a la gente que la quiere desde el féretro barnizado en color natural que estaba cerrado por una pesada ventana. De esta manera, Carla sólo podría adivinar qué voces correspondían a cada quien.

Al terminar de rezar, entró Josefina con nuevas. Alguien allegado a Carla le había contado la causa de su deceso. Carla y Manuel fueron atropellados en Tlalpan, saliendo del concierto de Café Tacvba. Al parecer fue un atropellamiento múltiple, pues fueron 18 víctimas.

Sólo entonces Blanca recordó que el concierto en el zócalo fue la noche del sábado. ¿Quién hubiera creído que la noche terminaría así para Carla, quien salía eufórica de la Plaza de la Constitución?

Al salir de la Funeraria una hora más tarde, Josefina fue avisada por la madre de Carla que la última misa y el entierro serían en la mañana siguiente, por esa zona. Prometió dar más datos en el transcurso de la noche. Misma noche en la cual Blanca se enteraba que el señor Encinas había mencionado que durante el evento del sábado no hubo grandes percances, sólo algunos lesionados pero nada de gravedad.

¿Ahora quien le regresa la sonrisa de Carla a sus padres?

¿Quién le regresará el abrazo navideño a Blanca?

¿Quién le regresará el beso a Manuel?

Quisieran saberlo, ya que no fue “nada de gravedad”. ❏

*Por respeto a la familia y amigos, los nombres han sido cambiados.



Jesús Martínez